

naturaleza, su distinción y su remitirse mutuo. Se descubre que la comprensión de la causa final exige una adecuada comprensión del resto de las causas que, por emplear su terminología, concausan con ella. El espacio, el tiempo, la materia, los dinamismos naturales, etc., remiten a la comprensión de lo físico desde sus causas, es decir, desde sus principios físicos o predicamentales de los que habló por vez primera Aristóteles. El modo en que esto se hace, el método empleado, deja el camino expedito para el acceso a los principios más radicales de la realidad física, los principios trascendentales, que son ya tema de la metafísica. De este acceso trata la lección séptima y última.

Se comprende bien que uno de los mayores retos que plantea el tomo IV sea entender la unidad del universo sin caer en dos extremos opuestos: monista o pluralismo sustancialista. Uno de los pasos que ofrece más dificultad podría resumirse en esta pregunta: ¿Cómo alcanza la finalidad —la causa final— al mundo material inanimado? Si la finalidad afectara solamente al mundo de lo vivo, la unidad del universo sería insostenible. Polo la mantiene apoyándose para conseguirlo en una adecuada comprensión de la concausalidad. Es particularmente importante entender cómo la causa final concausa con la material, que es la causa opuesta. La comprensión de dicha concausalidad exige recorrer un camino en el que van apareciendo una pluralidad de sentidos causales para cada una de las cuatro causas aristotélicas. El recorrido encierra algunos desafíos para el lector, como el que constituye la exposición del movimiento circular físico. Éste es importante para dar respuesta a la pregunta formulada en este párrafo. Su explicación detallada, aunque se mencione ya en la lección primera, se hace en la

cuarta. Como la complejidad de los temas es grande, el autor vuelve a ellos desde los distintos niveles de su recorrido por las causas. En el itinerario comparados, confrontadas con su física de causas, nociones tan actuales como las del big-bang o el principio antrópico.

Pienso que de lo expuesto en los párrafos anteriores se desprende la gran ambición de los objetivos que el autor se propuso al escribir este volumen. Polo pretende mostrar un sendero en el que el conocimiento de la realidad física constituya una auténtica vía para remontarse hasta el conocimiento de Dios. Es superfluo decir que dicho camino está jalonado por dificultades no pequeñas. Pero la dificultad del recorrido intelectual que obliga a emprender Polo con la lectura de este libro no resta un ápice de su extraordinario interés.

Santiago Collado

Balduin SCHWARZ y Juan Miguel PALACIOS (trads.), *Del agradecimiento*, Ed. Encuentro («*Opuscula philosophica*», 16), Madrid 2004, 47 pp., 17 x 21, ISBN 84-7490-732-2.

Sin duda nos encontramos con el discípulo más cercano de Dietrich von Hildebrand. Efectivamente, B. Schwarz (1902-1993) conoció a su maestro y mejor amigo a los 21 años de edad, y dicho encuentro orientó su filosofía hacia el realismo fenomenológico o, mejor dicho, hacia una fenomenología realista. Su vida fue incluso semejante a la de su maestro, ya que siguió prácticamente sus mismos pasos: huyó del nazismo acabando en la Universidad de Fordham tras un ofrecimiento como profesor universitario. Es autor también de la Psicología del Llanto (tesis doctoral dirigida por su maestro y publicada en la Revista de Occidente en 1930).

Es esta obra un breve ensayo sobre la esencia del agradecimiento, del que su maestro ya escribió y publicó póstumamente con el mismo título (*Über die Dankbarkeit*). Para dilucidar la esencia del agradecimiento Schwarz recurre a varios métodos: la aprehensión fenomenológica del *eidos*, la regresión psicológica tras lo dado inmediatamente, la reflexión ética y filosófico-social, y también estudia la gratitud desde una perspectiva metafísica.

El agradecimiento es un acto muy peculiar, ya que *para declararse debe realizarse*, y *donde recibo lo que no puedo exigir*. Se trata de un acto interpersonal, en el que el sujeto que agradece es consciente de que ha habido un bien objetivo para sí (*bonum mihi*) que ha partido de la iniciativa de otra persona. Y es el acto de agradecer una unión interpersonal. Quien es grato es consciente del valor y de lo que supone el bien para sí, y por eso, su respuesta, el agradecer, es una respuesta connatural y adecuada. Por el contrario, el apático sería el que está embotado y no descubre, porque no valora, el significado de la gratitud. Es pues una persona asocial y no puede dar una respuesta adecuada porque no ve la vida y ciertos acontecimientos como regalo, sino como un derecho. El ingrato olvida el deber y fija su mirada únicamente en los derechos.

La gratitud es una vivencia donde uno se hace consciente de la dependencia de la propia existencia, es decir, de la necesidad de los otros para conseguir una vida más lograda. Este hacerse consciente es, de algún modo, un reconocer. Reconocer que la vida es un don, un regalo y que lo tengo que agradecer y hacer fructificar es reconocer la trascendencia, ya que la gratitud *«se ha revelado fundamentalmente como una experiencia en la que yo me pongo en relación con algo que está fuera de mí mismo (...). El hombre*

agradecido encuentra en la vivencia del dar gracias un acceso a la persona absoluta».

Se trata de un ensayo muy sugerente en el que podemos descubrir las grandes maravillas que se encierran en un acto tan cotidiano como el agradecimiento y que desgraciadamente se está perdiendo porque el hombre de hoy se encuentra embotado y ciego para *reconocer* lo que significa y constituye el corazón de la gratitud.

Alberto Sánchez León

Ignacio YARZA, *Introducción a la estética*, EUNSA («Libros de Iniciación Filosófica», 25), Pamplona 2004, 218 pp., 17 x 24, ISBN 84-313-2204-7.

Llevar a cabo una introducción a la Estética que sea rigurosa y al mismo tiempo asequible para los lectores, es una de las tareas más arduas con las que un autor se puede encontrar. La dificultad proviene, como el mismo autor reconoce en la introducción, de la falta de un acuerdo básico entre los filósofos sobre cuál es el objeto de esta ciencia, cuya sistematización como disciplina autónoma es relativamente reciente. ¿Qué es la belleza? ¿Se trata de una propiedad de las cosas o más bien de un modo de percibir la realidad por parte del sujeto? ¿Existen criterios objetivos para juzgar lo bello? ¿Es una cuestión que tiene que ver más con las facultades intelectivas o más bien con las afectivas? Estas preguntas son las que todo hombre de cierta sensibilidad artística se ha planteado, aunque quizás no desde una perspectiva estrictamente filosófica.

El enfoque adoptado por el autor es fundamentalmente histórico, porque la belleza ha sido objeto de reflexión especulativa desde casi los albores mismos del filosofar. En otros términos, antes de plantearse *in recto* la pregunta acerca de